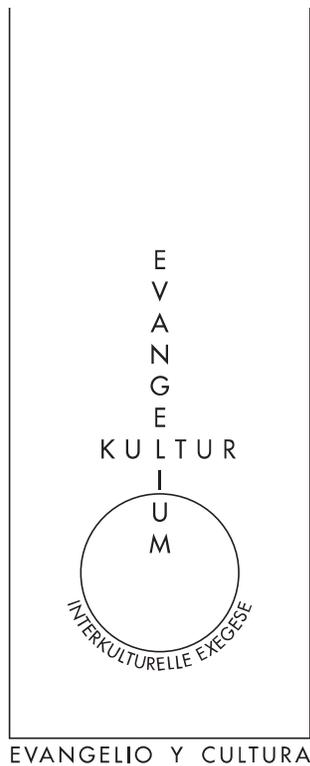


Detlev Dormeyer – Florencio Galindo

COMENTARIO A
LOS HECHOS
DE LOS APÓSTOLES

Modelo de nueva
evangelización



Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: <http://www.verbodivino.es>
E-mail: evd@verbodivino.es

Cubierta: *Ignacio Migoya*.

© Evangelium et Cultura, 2007 - © Editorial Verbo Divino, 2007.
Es propiedad. *Printed in Spain*.
Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra).

Depósito legal: NA. 1.092-2007
ISBN 978-84-8169-730-8

Presentación

El comentario y el proyecto de una interpretación intercultural

En el año 1998 apareció el *Comentario al evangelio de Marcos* de Fritzeo Lentzen-Deis, con el que comenzó la colección de comentarios a los evangelios y a los Hechos de los Apóstoles, cuyo rasgo característico es estimular el diálogo intercultural. Esta serie de comentarios se propone animar a los lectores a familiarizarse por sí solos con el mensaje de Jesús y a preguntarse por las consecuencias que este mensaje tiene para su vida. Con esta finalidad, el comentario quiere ser un servicio a la nueva evangelización, cuya base es el mensaje de Jesús.

El *Comentario a los Hechos de los Apóstoles* ha sido elaborado por dos especialistas en estudios bíblicos, Detlev Dormeyer, de Alemania, y Florencio Galindo, de Colombia, en consonancia con los criterios del proyecto de investigación "Exégesis Intercultural". La dirección científica de este proyecto está a cargo de Massimo Grilli, profesor de Exégesis y Teología en la Universidad Pontificia Gregoriana, de Roma. El comentario aparece en alemán y en español.

La publicación de este libro sería impensable sin un interés especial por el proyecto en su totalidad. Los dos autores quieren expresar su deuda de gratitud con todos los que han contribuido a la realización de esta obra, con todos los que de una u otra forma la han impulsado o acompañado. Hay que mencionar en primer lugar a la Asociación Evangelium und Kultur, que ha animado y apoyado económicamente el encuentro anual del grupo que elabora el proyecto. También Adveniat ha apoyado generosamente este proyecto. Sólo así ha resultado posible a los miembros de América Latina y de Asia participar en este encuentro. Y no por último, nuestro agradecimiento se dirige a la Editorial del Movimiento Bíblico Católico Alemán, que ha asumido la publicación de esta

obra en alemán, y a la Editorial Verbo Divino, de Estella, España, bajo cuyo cuidado aparece la edición en lengua española.

Bases hermenéuticas y metódicas del comentario

El hablar y la comprensión humana ocurren en el espacio y en el tiempo, y no son posibles independientemente de ellos. Cada tiempo y cada cultura tienen su lenguaje y sus posibilidades de conocimiento. Esta estrecha relación entre el lenguaje humano y el contexto cultural tiene consecuencias para la comprensión de la Biblia y para su actualización en nuestros días.

El mensaje de Jesús, el Cristo, tal como nos ha sido transmitido en los evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, fue consignado por escrito dentro del contexto de la antigüedad greco-romana. Aunque nuestras culturas europea y latinoamericana se basan en la antigüedad greco-romana y se desarrollan a partir de ella, el encuentro con el Evangelio es para el hombre moderno en gran parte el encuentro con una cultura extraña. El hacerse consciente de esto llevó a la formación del método histórico-crítico, que caracteriza a la exégesis científica desde hace más de cien años. Este método ha permitido adquirir muchos conocimientos sobre la cultura antigua, con lo cual la exégesis científica ha hecho una considerable aportación a la comprensión del mensaje bíblico. Sin embargo, quien se esfuerce por leer la Biblia e interpretarla en su dimensión pastoral comprobará los límites de este método. Su lado débil reside en que se ocupa sobre todo de mostrar cómo surgió el texto y cuál es el contenido especial de su mensaje. A esto se deben los reparos que se hacen en la pedagogía religiosa y en la pastoral al método histórico-crítico, que han llevado a preguntarse cómo pueden leer e interpretar la Biblia con provecho quienes no están versados en estos campos.

De este dilema puede sacarnos la ciencia del lenguaje y de la comprensión. Según ella, los textos bíblicos son parte de un proceso de comunicación que se lleva a cabo mediante la lectura. El principio decisivo es el siguiente: a todo lenguaje y a toda comunicación escrita le es inherente una rela-

ción con el actuar. Esto se puede ilustrar con un ejemplo: en el prólogo de los Hechos de los Apóstoles, los discípulos preguntan: “Señor, ¿vas a restablecer ahora el reino de Israel?” (Hch 1,6). Según la forma externa del texto, parece que los discípulos preguntan por el momento en el que va a comenzar el Reino de Dios. Pero propiamente ellos no están interesados por ese momento, sino que quieren comunicar al Señor resucitado su angustia existencial: “¿Cómo podemos experimentar todavía la soberanía de Dios?”. Jesús comprende lo que en realidad le quieren preguntar y les da una respuesta clara: “No les toca a ustedes conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder” (Hch 1,7). Lo que a todos debe interesar no es saber las fechas, sino la posibilidad de actuar de una forma nueva con la fuerza del Espíritu Santo. El Resucitado les anuncia luego que esa posibilidad existe: “Ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hch 1,8). Los apóstoles reciben el programa para el tiempo posterior a la Resurrección, que se desarrollará bajo la dirección del Espíritu Santo.

Así, en cada texto se deben distinguir tres elementos: la figura externa del texto, el contenido informativo y la motivación para una determinada forma de actuar. Aplicarlo a los textos de la Biblia significa que es necesario investigar no sólo la prehistoria del texto bíblico, las fuentes de las que supuestamente proviene, su proceso de formación y su redacción final, así como su teología, sino que hay que tener en cuenta, además, el papel del lector y lo que el autor bíblico proponía a quienes leyeran el texto. Los textos bíblicos, como cualquier otro texto, contienen estrategias para influir en el oyente o el lector, convencerlo y motivarlo a la fe y a un modo de actuar en conformidad con ella.

Para que el mensaje de Jesús pueda influir en nuestra vida es imprescindible, por tanto, un diálogo constante con él. Un diálogo entre el texto y el lector, pero también entre los diversos lectores. Sólo en el diálogo dentro del grupo o de diversos grupos entre sí se pueden sacar conclusiones que lleven a un modo de actuar responsable, basado en la fe. Impulsar ese diálogo es precisamente lo que se propone ese comentario. Por eso explicamos cada uno de estos tres pasos.

Configuración del texto

En este primer paso analizamos la forma del texto. Se trata de la sintaxis del mismo. Según los géneros literarios, el libro de los Hechos de los Apóstoles corresponde a las narraciones. Las narraciones incluyen los desarrollos de los acontecimientos y de las acciones. Generalmente, los tiempos narrativos son formas del pasado. Cada narración está estructurada por las personas actuantes, el lugar (donde sucede la acción) y el tiempo. El lugar, que es el requisito previo para el suceso narrado, hace posible que los actores de la narración inicien una acción y la continúen. El tiempo es otro elemento de la estructura. Por el tiempo se produce el desarrollo lineal y cronológico. El principio y el final del párrafo se marcan cuando aparecen o se retiran las personas actuantes; además, las informaciones sobre los lugares y el tiempo caracterizan el episodio. A veces, los párrafos incluyen palabras claves que determinan y precisan el tema del párrafo o que relacionan un episodio con otro.

Cada narración incluye varios niveles de comunicación. El primer nivel es la comunicación directa entre autor y lector. En los Hechos de los Apóstoles, lo encontramos en el prólogo (Hch 1,1). El autor “omnisciente” se dirige directamente al catecúmeno Teófilo, que representa al lector implícito. Así como él, los demás lectores deben leer los Hechos de los Apóstoles y testigos en relación con el primer libro, el evangelio de san Lucas, que presenta la biografía como Buena Nueva de los hechos y de las enseñanzas de Jesús. El segundo libro presenta como historia biográfica el desarrollo del evangelio después de la resurrección y ascensión de Jesús. Se dirige especialmente a la comunidad de los primeros cristianos.

El segundo nivel es la narración misma. Se estructura por el lugar, el tiempo y los diversos actores. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, el nivel de la narración presenta la acción de los apóstoles y testigos. Las personas de la narración actúan unas con otras, en común. Aquí, el narrador no tiene trato directo con los lectores, sino que las personas narradas se influyen mutuamente e interpretan por sus mismas palabras los acontecimientos narrados. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, esta interpretación es realizada especialmente por las palabras de los apóstoles y testigos.

En los discursos aparecen nuevas personas, lo que constituye el tercer nivel de la narración. En el presente libro, los tres

niveles diferentes están marcados por un sangrado distinto: el primer nivel, el comentario del autor al lector; aparece inmediatamente en el margen izquierdo; el segundo nivel, la narración, se desplaza un espacio de distancia a la derecha; el tercer nivel, los discursos de la narración, se desplazan dos espacios a la derecha. Aquí hablan los personajes de la narración, no el autor. Sus discursos pueden coincidir con la intención del autor; pero también pueden contradecirla. Cuando hablan adversarios de los apóstoles y testigos, esas palabras suelen ir acompañadas de propuestas para acciones concretas, que el lector ha de rechazar como falsas (una excepción es el consejo que da Gamaliel en Hch 5,34-39).

Para organizar el proceso de una lectura atenta, hacemos secuencias (letra S). Fijamos la atención en cada verbo de acción. El verbo de acción construye, junto con las personas actuantes, la acción. El acontecimiento es el producto de tres circunstancias: primero, el estado o situación de partida virtual, con la posibilidad de cambiarlos; segundo, la contracción como motivación al cambio o como factor desencadenante de la acción misma (del cambio de situación); tercero, el nuevo estado o nueva situación como resultado de la acción. Un ejemplo explica este desarrollo: “Pablo entró a verlo, oró, le puso las manos encima y lo sanó” (Hch 28,8). Las tres acciones, “entrar”, “orar” y “sanar”, dan como resultado el acontecimiento de la “curación milagrosa”. ¿Qué sucedería si faltara un pequeño acontecimiento o una locución? Los apóstoles seguirían siendo los testigos, pero de forma diferente, sin participación personal, sin oración, sin poder taumatúrgico. Para entender los conocimientos previos e ir más allá de los conocimientos adquiridos tras una larga educación, es preciso leer y valorar cada etapa en sí. Así como el Reino de Dios comienza en lo poco llamativo y sencillo (Hch 1,6-8), encontramos el significado y los efectos de la historia de los testimonios en el proceso de una lectura atenta. El carpintero Jesús de Nazaret y sus apóstoles eran unos observadores minuciosos, e, igualmente, también lo eran el evangelista y su comunidad. Con la ayuda de la presentación esquemática y gráfica de las S (secuencias), el lector de hoy tiene la posibilidad de observar como ellos. Numeramos continuamente las secuencias: S1, S2...

Como se sabe, los géneros literarios retoman las expectativas del lector; las dirigen y las orientan. Los géneros litera-

rios son unidades independientes. Aparecen dispuestos por varias secuencias y componen una forma literaria contemporánea. Las estructuras del género y de la forma pertenecen a la “estructura del texto”. La situación narrada –la del autor y la del lector– caracteriza la clave de la interpretación del texto. Una aparición presupone una fe creyente; la narración de un milagro presupone una confianza basada en la fe. En un proceso jurídico se espera rectitud en la justicia, y quienes se someten a él están dispuestos a sufrir una condena; quien dirige un discurso espera la disposición de los oyentes o lectores para argumentar. La eficacia y la influencia de los géneros literarios se mantienen hasta hoy.

Explicación del texto

En este apartado se aborda la semántica. Analizamos las informaciones del texto. La semántica explica las palabras y términos por sus oposiciones, construye familias de palabras y campos (semánticos) de palabras. En el comentario confluyen también los resultados del método histórico-crítico. Dado que el evangelio fue escrito hace casi dos mil años, aclaramos especialmente el concepto del mundo y las circunstancias del pensamiento del aquel tiempo. ¿Cómo entendían los lectores de entonces ciertas informaciones? ¿Qué asociaban con ciertas palabras o conceptos? ¿Qué imaginaciones tenían? ¿Qué ideas evocaba en ellos la forma de comunicárselas?

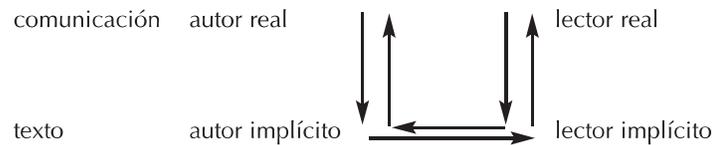
Igualmente, presentamos y explicamos las relaciones del entorno judeo-cristiano y la Biblia de las primeras comunidades cristianas, nuestro Antiguo Testamento. Incluimos otros textos antiguos con tal de que contribuyan al entendimiento del texto. Además, hay que tener en cuenta las condiciones sociales y las costumbres de los hombres de aquel tiempo. Todos los conocimientos nos permiten entender e imaginar qué es lo que el evangelio de san Lucas y los Hechos de los Apóstoles querían comunicar a sus lectores.

Impulsos para la acción

Este apartado trata de la intención efectiva del texto, es decir, hace ver la intención del texto en relación con la práctica. Las informaciones incluidas en el texto sirven para motivar a

los lectores a acciones concretas. Estos impulsos para la acción no son instrucciones. No obligan al lector a actuar. No existe una “moraleja”. Más bien, el texto de los Hechos de los Apóstoles está escrito para que resulte obvio cómo actuar de un modo concreto. El texto ofrece modelos de cómo actuar.

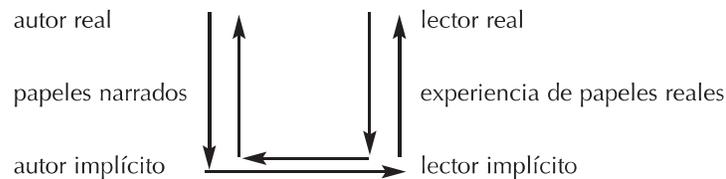
El esquema siguiente aclara la comunicación entre el autor y el lector por medio del texto:



El lector real encuentra en el texto propuestas para leer y entender. Estas propuestas se llaman “lector implícito”. Cuando el lector acepta la propuesta, entiende las intenciones implícitas del autor, que se llama “autor implícito”. En los textos narrativos de obras narrativas y de cartas, el autor oculto y omnisciente habla al lector implícito, que es la anticipación del lector ideal que crea el autor.

El lector no puede entender las intenciones del autor real, del evangelista, sin leer el texto. El autor real señala al “autor implícito” por los comentarios del autor, por la agrupación de los papeles, por la argumentación, por símbolos, etc.

En los textos narrativos, el lector puede identificarse con las personas narradas y puede experimentar los acontecimientos desde su perspectiva. Él obtiene modelos de cómo actuar. Él entiende cómo y por qué el comportamiento de las personas está influido por la acción de otras personas y cómo cambian las situaciones. El lector puede aplicar estas experiencias a su situación concreta. Si quiere cambiar algo, debe actuar análogamente.



El autor implícito crea y dirige los papeles narrados de modo “omnisciente” o “descubierto”. Podemos sacar conclusiones de la intención del autor real por medio de la forma literaria. ¿Quiere presentar los caracteres como buenos o como malos? ¿Los presenta de manera simple o compleja? Además, el lector real, como lector implícito, verifica cómo ha relacionado el autor real los papeles narrados con las experiencias del lector real. Respecto al mundo y a la experiencia del lector real, ¿se trata de una narración real o irreal/fantástica? ¿Se trata de una cristología cercana o lejana a sus propias experiencias?

Los discursos y las descripciones muestran, por su modo de argumentar, la intención efectiva y pragmática. La fuerza persuasiva de los argumentos es crucial. Se obliga al lector a enfrentarse con ellos y a tomar postura. El lector se encuentra en las puertas de una decisión. Así que adopta la postura del “autor omnisciente”, pero puede realizar las estrategias del autor solamente por partes. Por ejemplo, el lector no tiene los mismos conocimientos profundos del Antiguo Testamento que el autor. Incluso puede ser que el lector mezcle la intención del autor con sus propias imaginaciones e ideas. Por eso, el modo de leer comprensiva y lentamente permite al lector entender la intención del autor. El lector es capaz de desarrollar un concepto en el que los diversos papeles, actuaciones y circunstancias presenten un conjunto lógico. Así, el lector se convierte en un nuevo autor de la obra total. Tiene lugar la fusión de perspectivas o la contradicción.

Otro elemento para influir en la acción es el simbolismo. Los símbolos ayudan a descubrir, comprender y experimentar la realidad en su diversidad multifacética. Adoptan un aspecto de la realidad sin generalizarlo. Por el aspecto que adoptan, los símbolos señalan a otros aspectos que pueden ser comprendidos por medio de experiencias de la vida más profundas. En comparación con los símbolos triviales, los símbolos religiosos incluyen un aspecto más: señalan a otra realidad diferente, descubriéndola y ocultándola simultáneamente. Los símbolos expresan la experiencia religiosa por medio de un lenguaje cotidiano y, simultáneamente, impiden que la experiencia religiosa se pierda en lo trivial. Impiden también que la fe se formule en frases fijadas. Abren la experiencia para entrar en una realidad amplia y completa. Los

símbolos son entendidos fácilmente e invitan a la interacción productiva entre las experiencias propias y las experiencias de otras personas.

Los fragmentos recuadrados señalan la parte esencial del texto bíblico. El evangelista san Lucas emplea con frecuencia fórmulas de credos de los primeros cristianos para expresar y subrayar lo teológicamente esencial de los discursos y las narraciones. El lector puede desarrollar y construir un concepto en el que los diferentes papeles, las acciones y las situaciones forman el conjunto. Repitiendo la lectura, el lector se acerca cada vez más a la intención del autor. Con su ayuda, y mediante el diálogo con otros lectores, el lector de hoy puede llegar a transformar su propia realidad.

Introducción: Los Hechos de los Apóstoles

Las dos obras de Lucas: el evangelio y los Hechos de los Apóstoles

¿Quién es Lucas?

Según la tradición antigua de la Iglesia, el autor del tercer evangelio y de los Hechos de los Apóstoles es Lucas, el colaborador de Pablo mencionado en la Carta a Filemón (Flm 24) y en la segunda Carta a Timoteo (2 Tim 4,11). La Carta a los Colosenses le llama “el médico tan querido” (Col 4,14). Ireneo de Lyon escribe: “Lucas, el compañero de Pablo, documentó en un libro el evangelio que aquél proclamó” (*Adv.Haer* 3, 1,1).

A diferencia del evangelio, se puede notar la influencia de Pablo en los Hechos de los Apóstoles, más con respecto a la teología que con respecto al vocabulario, al estilo y a la descripción de las biografías. Ni en el evangelio ni en los Hechos de los Apóstoles aparecen conocimientos médicos. Por eso, hoy no se mantiene la identificación de Lucas con un médico. Pero sí es posible que el autor anónimo acompañara a Pablo en sus viajes, como sostienen los relatos a partir del segundo viaje de misión (Hch 16,10), o sea, que el autor tal vez conociera muy bien al compañero anónimo.

El lenguaje y los conceptos teológicos califican al autor como un escritor culto en su lengua materna griega. Está enraizado en la antigua cultura griega de la región mediterránea. Sus conocimientos del Antiguo Testamento y la significación central de Jerusalén caracterizan la peculiaridad de ambas obras. Esto hace suponer que Lucas, como pagano, era prosélito, “temeroso de Dios”; es decir, aunque no era judío, figuraba entre los que tenían contacto con las sinagogas en el mundo griegoparlante.

*¿Cuándo y dónde escribió Lucas
el evangelio y los Hechos de los Apóstoles?*

Hoy se ha impuesto la opinión de que el evangelio y los Hechos de los Apóstoles fueron escritos después del año 70. El prólogo da por sabido que antes de la obra de Lucas había habido varios intentos de transmitir la tradición (cf. Lc 1,1-4). Debe de haber transcurrido un espacio de tiempo más largo entre los acontecimientos y su redacción en el evangelio y en los Hechos de los Apóstoles. Los Hechos de los Apóstoles dan por sabido el evangelio (cf. Hch 1,1). Es muy probable que los Hechos de los Apóstoles se escribieran antes de la persecución de los cristianos bajo Domiciano, a partir del año 90; en consecuencia, el evangelio debió de escribirse como muy tarde a comienzos de los años ochenta según la cronología cristiana.

Respecto al lugar de redacción, faltan testimonios de la Iglesia antigua. Sin embargo, hay indicios de que el autor es tá familiarizado con el mundo mediterráneo, mientras que parece que no conoce muy profundamente las circunstancias de Palestina. Por eso, es de suponer que el evangelio y los Hechos de los Apóstoles se originaron fuera de Palestina, en el área oriental mediterránea.

La composición de los Hechos de los Apóstoles

El mensaje de los Hechos de los Apóstoles es deducible no solamente por su contenido, sino también por su estructura. Lucas es un experto en narrar. Quien no lee aisladamente aquí y allá uno y otro párrafo, sino que se compromete a leer el libro completo de los Hechos de los Apóstoles desde el principio hasta el final, recorrerá un mundo narrativo muy artístico. Los personajes de los apóstoles y de los testigos son presentados al lector por medio de aperturas grandiosas y escenas programáticas. El lector, inesperadamente, experimenta situaciones fascinantes y se le abren nuevas y claras perspectivas. Sin embargo, no pierde nunca la visión de conjunto.

Por eso se entiende que no es fácil que los comentarios descubran una estructura clara en los Hechos de los Apóstoles. Los modelos de la estructuración se distinguen con frecuencia. La problemática de la estructura se puede apreciar también en la ciencia exegética, que no tiene una opinión unitaria respecto a la división en apartados principales.

Lucas sigue la costumbre retórica de la antigüedad. Su presentación de la acción de los apóstoles y testigos parece estar influida por la forma literaria de los elogios (encomios), con los que los poetas de la antigüedad declamaban las buenas acciones de los dioses y de las personalidades famosas en las plazas y en las calles. Estos elogios y narraciones están estructurados de la siguiente manera:

1. Proemio: el orador presenta su tema.
2. Descendencia y nacimiento: en los Hechos de los Apóstoles sólo importa la descendencia de los apóstoles y testigos, no su concepción y su nacimiento
3. Infancia y adolescencia: este aspecto sólo es insinuado para Pablo en los Hechos de los Apóstoles.
4. Acción y enseñanza: abarcan la mayor parte de los Hechos de los Apóstoles
5. Epílogo: narración sobre la muerte, el entierro y la exaltación, y el requerimiento de la imitación: en los Hechos de los Apóstoles sólo hay un epílogo para Esteban y Santiago. En los discursos, en cambio, se mencionan con frecuencia la descendencia de Jesús del rey David, sus acciones públicas, su muerte en la cruz y su resurrección con el fin del arrepentimiento de los oyentes ante el “Señor” Jesucristo. Por eso, los apóstoles y testigos no necesitan un epílogo propio, porque solamente por el Evangelio de la muerte y de la resurrección de Jesús comienza el Reinado de Dios como salvación para todos.

Según los criterios del espacio y de los lugares, del tiempo, de las personas y de los temas teológicos, se puede desarrollar la siguiente estructura de los Hechos de los Apóstoles:

- | | | |
|----|---|------------------|
| A. | Prólogo y la comunidad de Jerusalén
como restauración de Israel
(fase de constitución): | 1,1-14; 2,1-8,1a |
| B. | Propagación del Evangelio a
los pueblos paganos: | 8,1b-14,28 |
| | – La propagación del Evangelio
a Samaría, Judea y Antioquía | 8,1b-12,25 |
| | – La primera misión de Bernabé
y Pablo | 13,1-14,28 |
| | – El concilio de Jerusalén | 15,1-35 |

B'. Los viajes de misión independientes de Pablo:	15,36–21,17
– El segundo viaje de misión de Pablo	15,36–18,22
– El tercer viaje de misión de Pablo	18,23–21,17
A'. Arresto y prisión de Pablo y epílogo:	21,18–28,15.16-31

El espacio y los lugares

Jerusalén sirve como paréntesis para las cuatro partes del libro. En la primera parte, el círculo de los doce apóstoles, las mujeres que acompañaron a Jesús y los familiares de éste se encuentran en un lugar, Jerusalén, y alcanzan junto con otros hermanos y hermanas el número de 120, reavivando las doce tribus de Israel por la fe en el Señor Jesucristo resucitado. Los 120 experimentan el milagro de Pentecostés en Jerusalén y comienzan con el bautismo de 3.000 oyentes judíos. Jerusalén es el lugar de la comunidad de bienes de los 3.120 discípulos de Jesús, de la curación del hombre tullido en el templo, del arresto de unos apóstoles, del aumento de la comunidad hasta “5.000 personas”, del interrogatorio, del juicio, de la división de la comunidad, de la elección del grupo de los Siete y del martirio de Esteban (Hch 1,3–8,1a), hasta la persecución de los cristianos judeo-helenistas.

Tras la persecución de los cristianos judeo-helenistas, empieza la segunda parte con la misión en Samaría, Judea, Damasco, Antioquía y en los alrededores de Antioquía. La primera misión de Bernabé y Pablo introduce detalladamente en las misiones siguientes (Hch 8,1b–12,25; 13,1–14,28). Jerusalén queda como centro teológico (Hch 15,1-35).

En la tercera parte, Jerusalén es también el punto central de las comunidades cristianas ampliadas. Los viajes de misión siguientes de Pablo salen y terminan ahí, en Jerusalén (Hch 15,36–18,22; 18,23–21,17).

En la cuarta parte, Jerusalén es el lugar del arresto. Tras la conspiración contra Pablo, éste debe ser trasladado a Cesarea. Jerusalén pierde su condición de centro territorial y teológi-

co. La apelación de Pablo al emperador acarrea para siempre la negativa a Jerusalén y el traslado de Pablo a Roma (Hch 21,18–28,31).

El tiempo

Los complementos temporales no están estructurados tan precisamente como los espaciales. La primera parte incluye al principio la fecha inequívoca de “día de Pentecostés”. Pasan 50 días desde la Pascua hasta Pentecostés. Después de esta fecha faltan las informaciones temporales. Es totalmente incierto cuándo se produjo el martirio de Esteban. Es cuestionable si ocurrió bajo el gobernador Poncio Pilato, en los años 32-35, o después de su derrocamiento en el año 36.

Tampoco la segunda parte da información temporal con respecto a la conversión de Pablo. Las informaciones temporales deben ser averiguadas por las Cartas de Pablo. Con respecto a la vida de la comunidad en Antioquía y al martirio del apóstol Santiago, el evangelista da los primeros sincronismos, es decir, las fechas de la historia universal. Presenta al emperador romano Claudio y al rey judío Agripa I.

El emperador Claudio gobernó entre los años 41 y 54, y el rey Herodes Agripa mandó sobre Jerusalén entre el 41 y el 44. La muerte de Santiago y la de Agripa tuvieron lugar a principios de los años cuarenta. El primer viaje de misión debieron de realizarlo Bernabé y Pablo después del año 44, pero no hay informaciones temporales.

La tercera parte, en cambio, empieza con una fecha concreta. El concilio de los apóstoles tuvo lugar en Jerusalén después del primer viaje de misión. La opinión tradicional lo ha fijado en el año 48-49. El segundo viaje de misión comienza a partir del año 49. Siguen otros sincronismos y unas fechas más precisas. El procónsul Galión residía en Corinto entre los años 51 y 52 o 52 y 53. Así, Pablo estuvo en Corinto, aproximadamente, en los años 50-53. Esta estancia se ha computado precisamente en un año y seis meses.

En el siguiente viaje de misión, Pablo se queda más tiempo en Éfeso: dos años y tres meses, es decir, aproximadamente durante los años 53/55-55/57. Faltan informaciones precisas de las colectas en Macedonia y Acaya. Encontramos

la información de que para Corinto fueron tres meses. Con mucha prisa, Pablo partió de allí por tierra a Filipos antes de la Pascua. Desde allí viajó en barco, con unas breves interrupciones en Jerusalén. Para esta etapa se pueden fijar los años 56-58.

La cuarta parte presenta de nuevo sincronismos. Pablo fue arrestado por el comandante romano y trasladado a Cesarea ante el gobernador Félix, que gobernó en Judea desde el año 52 al 59/60. Su sucesor, Porcio Festo, encuentra a Pablo prisionero en Cesarea. Festo murió en el año 62 en Palestina. Bajo su gobierno, Pablo viaja a Roma. El viaje dura unos meses y en el año 60/61 llega a Roma. Su estancia allí fue de dos años. En el 62/64, Pablo es ejecutado.

Por un lado, las fechas indicadas no construyen un marco continuo; por otro, ponen, mediante unos pocos sincronismos y unas etapas, marcas inequívocas. Los Hechos de los Apóstoles abarcan desde la muerte de Jesús bajo Poncio Pilato, en el año 30, hasta la estancia de Pablo en Roma en el 60-62/64. El hecho de que los tiempos no estén fijados con exactitud indica que el evangelista no quiere escribir ni una crónica ni una historiografía crítica-pragmática. Al evangelista le interesa la historia biográfica y patética: le importan mucho más la sucesión de personas mundialmente conocidas, sus afectos y sus sufrimientos; por eso, no presta un especial interés a la cronología objetiva.

Los Hechos de los Apóstoles como historia biográfica y patética

Los Hechos de los Apóstoles son un resto de la desaparecida historiografía griega biográfica y patética. El autor, "Lucas", añadió esta obra a su biografía del evangelio para demostrar el cumplimiento de las Sagradas Escrituras de Israel después de la muerte de Jesús en la cruz, por medio de los testigos de su resurrección y ascensión. Las biografías de los Hechos de los Apóstoles empiezan con el círculo de los doce apóstoles y terminan con el apóstol Pablo designado después de la Pascua.

La historiografía patética pretende influir en el lector. Y también la historiografía teológica judío-helenista y judío-cris-

tiana prefiere esta línea, porque quiere llevar al lector a la fe y al arrepentimiento. La literatura judío-helenista de Josefo (siglo I d.C.), los evangelios y los Hechos de los Apóstoles del Nuevo Testamento son los únicos testimonios que se conservan de la historiografía helenista patética. La historiografía neotestamentaria, biográfica y patética, exige a los lectores antiguos y a los lectores de hoy una lectura crítica de la historia y les motiva a dejar de lado la realidad, porque les presenta epifanías (manifestaciones visibles de Dios), visiones y narraciones de milagros.

Los discursos sirven para interpretar mejor los acontecimientos. La historiografía griega, desde Herodoto y Tucídides (siglo V a.C.), no entendía los discursos como protocolos, sino como una interpretación posterior del autor según la intención del orador.

Pedro pronuncia un discurso a la comunidad (Hch 1,15-26) y dos discursos de misión (Hch 2,14-36; 3,12-26) en Jerusalén, en la primera parte; otro discurso de misión en Cesarea (Hch 10,34-43), un discurso a la comunidad (Hch 11,5-17) y otro discurso ante el concilio de los apóstoles en Jerusalén, en la segunda parte (Hch 15,7-11); en total, son seis discursos. También Pablo pronuncia un discurso en sus viajes de misión primero y segundo (Hch 13,16-41; 17,22-31) y un discurso de despedida a la comunidad en su tercer viaje de misión (Hch 20,18-35); en total, sólo tres discursos. Pedro es más importante para las fundaciones de las comunidades. Pedro se defiende con dos discursos pequeños en el interrogatorio y proceso ante el concilio (de los ancianos y sacerdotes) en Jerusalén, mientras que Pablo pronuncia tres extensos informes de defensa (apologías) en Jerusalén, en la cuarta parte (Hch 22,1-21; 24,10-21; 26,2-23), y un breve informe de defensa en Roma (Hch 28,17-20). Los interrogatorios de Pablo tienen más importancia que el interrogatorio y el proceso de Pedro. Mientras que los interrogatorios de Pablo implican al Imperio romano en el arresto del apóstol y llegan a la apelación al emperador, las actividades del concilio contra Pedro y los apóstoles se limitan a la fase inicial en Jerusalén. Durante el huracán en el mar, Pablo pronuncia a los marineros del barco un discurso consulto-profético que anticipa su apelación en Roma (27,21-26).

Adicionalmente a los protagonistas Pedro y Pablo, otros apóstoles y testigos pronuncian también discursos importantes. El discurso más extenso es el de Esteban, miembro del círculo de los Siete (Hch 7,2-53) y el primer mártir. Su discurso acaba con la fase de la fundación inicial en Jerusalén y abre la alianza de Abrahán a los pueblos paganos sin la norma de la circuncisión. En la segunda parte, el apóstol Bernabé, como orador principal, explica junto con Pablo el correcto entendimiento de la divinización (Hch 14,15-17) a los habitantes bárbaros de Listra por medio de un discurso corto. En el concilio de los apóstoles, Santiago, testigo y hermano de Jesús, añade al de Pablo otro discurso (Hch 15,14-21) que incluye el decreto como compromiso. En la cuarta parte, Santiago, junto con los ancianos, aconseja a Pablo cuando llega a Jerusalén (Hch 21,20-25).

En Éfeso, el platero pagano Demetrio (Hch 19,25-27) y el secretario de la ciudad (Hch 19,35-40) pronuncian dos discursos contrarios y convence el del secretario. El abogado pagano Tertulio presenta una demanda ridícula contra Pablo (Hch 24,2-8). El gobernador Festo relata dos veces al rey Agripa II, con un estilo objetivo de funcionario, el interrogatorio con Pablo (Hch 25,14-21.24-27). Los judíos principales responden a Pablo con un discurso breve (Hch 28,21-22). Todas estas figuras se reflejan en sus discursos y están caracterizadas con sus motivos. Así, la causa de sus acciones se puede averiguar. Además, estos discursos, como testimonios directos e indirectos de la Palabra de Dios, dirigen simultáneamente los acontecimientos.

Temas centrales de la teología del Lucas

Los Hechos de los Apóstoles continúan los temas principales del primer libro, el evangelio, los remarcan de una manera nueva y añaden otros nuevos.

Jesús sigue viviendo como Señor resucitado y enaltecido

Después de su resurrección, Jesús se aparece como Cristo y Mesías enaltecido al círculo de los doce apóstoles y les enseña. Su ascensión acaba con su enseñanza, pero no termina con su influencia sobre sus discípulos. Él se aparece al primer

mártir, Esteban, en una visión celestial. Se aparece a su perseguidor Saulo y le convierte. Da un encargo al discípulo Ananías en Damasco con la curación de Pablo. En el nombre de Jesús, también los apóstoles y testigos realizan milagros. Jesús se aparece a Pablo por segunda vez en su primera visita al templo en Jerusalén; la tercera vez lo hace en Corinto, y la cuarta, durante su arresto en Jerusalén. Finalmente, Pablo predica “la enseñanza de Jesucristo” en Roma.

El título honorífico de la soberanía de Jesús es “Cristo”, el Mesías, el Ungido (25 veces). Como Ungido de Dios, Jesús empieza a realizar el Reino de Dios: en el primer libro, como Jesús terreno; en el segundo, como Jesucristo resucitado y enaltecido.

El título adicional de “Hijo de Dios” se encuentra sólo dos veces (Hch 9,20; 13,33). Todos los judíos, todos los hombres, son hijos e hijas de Dios (Lc 3,23-38). Jesucristo resucitado goza de una intimidad especial con Dios y enseña a los demás hijos de Dios el camino hacia el Padre (Hch 17,28).

El título de “Hijo del hombre” sólo se encuentra una vez, en el discurso de Esteban (Hch 7,56). Este título honorífico de soberanía no fue entendido por los paganos helenistas; por eso, no se menciona en las cartas de Pablo. Jesús representa, como Hijo del hombre, al Israel santo y salvado en el cielo. Él se ocupará de la perfección de Israel en comunión con los demás pueblos (Hch 17,31).

El título honorífico predominante para la soberanía de Jesús es el título griego profano de *Kyrios*, “Señor” (107 veces). La traducción griega de la Biblia (la Septuaginta, aquí señalada mediante la letra “G”) escribe en vez de la palabra “Yahvé” la palabra *Kyrios*. Los distintos tratamientos de Jesús enaltecido (Hch 1,6; 7,59.60; 9,10.13; 22,19) le adjudican la misma soberanía que a Dios mismo. Dios y el “Señor” Jesús actúan con su divina unidad. El *Kyrios* Jesús ha salvado a Israel y a todos los pueblos, y les ofrece permanentemente el arrepentimiento.

Dios, su Espíritu Santo y el Reinado de Dios

Dios mismo actúa por medio de las acciones del Resucitado y por los acontecimientos en el mundo. Él no aparece

como “persona”, sino que influye directamente en la naturaleza y produce las teofanías. Aparece en la nube en el momento de la ascensión, en el terremoto después de la oración de la comunidad (Hch 4,31), y durante el arresto de Pablo en Filipos (Hch 16,26). Él causa el viento en contra, el huracán, el naufragio sin víctimas y el viaje rápido a Pozzuoli, en Italia (Hch 27-28).

Él envía a sus ángeles después de la ascensión para que liberen a los apóstoles (Hch 5,19), para que transmitan el encargo de la misión a Felipe (Hch 8,26), como visión al centurión Cornelio (Hch 10,3), para que liberen a Pedro (Hch 12,7), para que castiguen a Agripa I (Hch 12,23) y para el fortalecimiento de la fe de Pablo (Hch 27,23); como excepción, envía también a un macedonio que transmite el encargo de la misión a Pablo (Hch 16,9).

Dios está implicado en todas las acciones de Jesús. En el primer libro, le dio a Jesús el Espíritu Santo, le resucitó después de su pasión y le acogió en el cielo. En el segundo libro, da junto con Jesús el Espíritu Santo. El Espíritu Santo desaparece del mundo cuando muere Jesús, y en el día de Pentecostés es enviado por Dios a los discípulos de Jesús (Hch 2,33). Con el Espíritu Santo empieza a realizarse el final de los tiempos por la profecía, los milagros y el bautismo del arrepentimiento (Hch 2 y más). Él apoya las defensas, las oraciones y la pureza de los apóstoles y de la comunidad (Hch 4-5). Y completa el círculo de los Siete (Hch 6-7). El Espíritu Santo es llevado por el círculo de los Doce a los bautizados en Samaría (Hch 8), por el discípulo Ananías a Pablo (Hch 9), y por el apóstol Pablo a los pueblos paganos y a los discípulos de Juan en Éfeso (Hch 19). El Espíritu Santo mantiene la relación entre los bautizados y la tradición apostólica.

El Espíritu Santo apunta a la misión. Él impulsa a Felipe a la conversión del etíope (Hch 8), y a Pedro al recibimiento de la legación del centurión pagano Cornelio; antes de su bautismo, el Espíritu Santo desciende sobre Cornelio y su casa (Hch 10). El Espíritu Santo anima al círculo de los Cinco en Antioquía para que envíen a Bernabé y Pablo a su primer viaje de misión (Hch 13-14), y, finalmente, el Espíritu Santo dirige a Pablo en sus viajes de misión segundo y

tercero (Hch 16,6–21,11) y en su viaje como prisionero (Hch 20,23).

En el concilio, el Espíritu Santo redacta junto con los apóstoles y presbíteros el decreto (Hch 15,28) y se preocupa por la investidura de las personas que en el futuro dirigirán la comunidad, es decir, los presbíteros (Hch 20,28). El Espíritu Santo es la fuerza propulsora (el “motor”) de Dios para los creyentes. Se comunica de forma multifacética. Puede provocar discusiones sobre el tema en quienes tienen verdaderamente el Espíritu (Hch 8,14-25; 21,1-14). El Espíritu Santo dirige los acontecimientos de los apóstoles y de los testigos hasta el arresto de Pablo.

El Resucitado y Dios luego interactúan más intensamente a través de visiones y de fenómenos de la naturaleza. En el epílogo de Pablo, él señala otra vez al Espíritu Santo. El Espíritu Santo inspiró especialmente a los profetas y las Sagradas Escrituras de la religión judía. Pablo, lleno del Espíritu, es el intérprete de las palabras del profeta Isaías sobre el endurecimiento. Con Pablo llegan todos los dones espirituales escatológicos a Roma. Quedan presentes en la comunidad para todos los judíos y para los pueblos paganos que están listos para escuchar, y constituyen el principio del Reinado de Dios.

El Reinado de Dios es, al principio, un concepto sinónimo del Espíritu Santo de Dios. Donde actúa el Espíritu Santo, empieza el Reinado de Dios. Además, la metáfora “Reinado” acentúa el ámbito social y político. El “Reinado” quiere influir notable y permanentemente en el ámbito del poder humano. No basta con llenar con Espíritu al individuo aislado, como quiere el mundo griego de los dioses. En el Reinado de Dios, los dones espontáneos del Espíritu Santo surten sus efectos permanentemente. Donde el Reinado de Dios empieza, donde está presente, continúan y siguen siendo eficaces la profecía, los milagros y la sabiduría. En el primer libro empezó el Reinado de Dios para Israel por medio de Jesús. Su restauración de Israel se interrumpe con su muerte en la cruz, pero empieza de nuevo tras su ascensión. Los apóstoles restablecen el círculo de los Doce como símbolo de las doce tribus de Israel. Además, restablecen la profecía de Israel, la comunidad de bienes cuando Israel ocupó la tierra santa, los milagros cuando Israel salió de Egipto, la pureza

y la unidad. Al fin queda el séptimo restablecimiento, que es la apertura a los pueblos paganos. Ese restablecimiento alcanza su punto culminante provisional con la llegada de Pablo a Roma. Él es el predicador especialmente autorizado del Reinado de Dios (Hch 14,22; 19,8; 20,25; 28,23.31); excepto él, sólo son presentados Felipe (Hch 8,12) y Bernabé (Hch 14,22) como predicadores. Como misioneros, no como encargados del restablecimiento, Pablo, Bernabé y Felipe superan a los demás apóstoles y testigos. El fin de los tiempos se habrá completado cuando Dios cumpla con su Reinado y cuando el Israel restaurado y los pueblos paganos lleguen a formar una unidad. Entonces, el Jesús ascendido regresará del cielo y reinará como Cristo eterno en el Reinado de Dios consumado.

La enseñanza de los apóstoles y testigos y la persecución

El Resucitado “enseña” durante 40 días a sus apóstoles con instrucciones y pronósticos (Hch 1,1-8). Después de Pentecostés, el Espíritu Santo se preocupa por la enseñanza correcta. Ésta interpreta de una manera nueva las Sagradas Escrituras de la religión judía y las aplica a Jesús. La nueva enseñanza dialoga críticamente con las teorías populares y filosóficas de los pueblos helenistas. Además, convence a muchos oyentes.

La parte de los oyentes que rechazan la enseñanza reacciona con diferentes formas de persecución, que empiezan con el arresto y el interrogatorio de Pedro y Juan por el concilio judío (Hch 4). La persecución continúa hasta el final, hasta la llegada de Pablo a Roma. Pero la muerte de Pablo no calla la enseñanza. Los apóstoles y los testigos son la expresión visible de la verdad de la enseñanza durante su vida.

La casa, el templo, la oración y las comidas eucarísticas

Mientras el templo une el primer libro, es decir, el evangelio, en los Hechos de los Apóstoles es la casa la que une el prólogo con el epílogo. Las reuniones en las casas reemplazan al templo. En el prólogo, las personas reunidas permanecen ocultas en la casa, orando en común, mientras que, en el epílogo, Pablo proclama en su departamento, públicamente y

con franqueza, la enseñanza del Reinado de Dios y del Señor Jesucristo. El Espíritu de Pentecostés ha transformado lo clandestino en público.

La comunidad practica la oración diaria en el templo. También celebra adicionalmente la oración diaria en las casas. Después de la liberación de Pablo y Juan, la comunidad reflexiona de nuevo sobre su situación con la oración de los Salmos “de David”. El ministerio de la Palabra de los apóstoles incluye el ministerio de la oración (Hch 6,4). La oración es la autorrealización permanente de los creyentes.

Las comidas eucarísticas en común unen a los discípulos de Jesús desde el prólogo hasta la llegada de Pablo a Roma. El epílogo da un trato preferente a la predicación a los que buscan la fe, en vez de preferir las narraciones sobre las comidas separadas de los creyentes. La celebración de la comida, la eucaristía, es el fundamento de la misión y debía abrirla y posibilitarla cada vez de nuevo. En la visita de Pablo a Troas (Hch 20,7-12) se menciona por primera vez en el Nuevo Testamento la eucaristía dominical.

Las estructuras de las comunidades y los ministerios

El evangelista presenta una diversidad de modelos de comunidad. La sucesión histórica de los modelos de comunidad muestra casos ideales y posibles de la Iglesia. El “primer libro” incluye “los hechos y la enseñanza” de Jesús (Hch 1,1) como fundamento permanente de cualquier eclesiología. Jesucristo es el fundador y mantiene cualquier forma de Iglesia llena del Espíritu. Los apóstoles restablecen el círculo de los Doce después de la Pascua (Hch 1,15-26). Pedro, los demás apóstoles y toda la comunidad mantienen y llenan la existencia del círculo de los Doce con la vida. Pueden completar este círculo (Hch 1,15-26) o pueden terminar definitivamente con él (Hch 12). Después de la admisión por Pedro (Hch 10) de paganos sin la circuncisión, el círculo de los Doce perdió su importancia y desapareció. Tras la ejecución de Santiago, miembro del círculo de los Doce, no se eligió otro sucesor (Hch 12,1-5). Jerusalén mantiene su importancia como punto central de las comunidades cristianas.

El círculo de los Siete en Jerusalén forma un *intermezzo* (Hch 6,1-7). El círculo de los Doce inicia la fundación de un nuevo círculo de otro grupo cultural. Los apóstoles de Palestina notan que no pueden ejercer adecuadamente el ministerio de las mesas para los cristianos judeo-helenistas. El ministerio de las mesas significa comunidad y convivencia. Las diferencias culturales pueden dificultar o impedir la creación de relaciones. Los apóstoles se entregan al ministerio de las mesas para los cristianos judeo-palestinos. Luego, escribiendo sobre la fundación de la comunidad en Antioquía y el concilio en Jerusalén, el evangelista nota que los ancianos (presbíteros) dirigen, junto con Santiago, el hermano de Jesús, la comunidad (Hch 11,30; 15,1-29). El círculo de los Doce y el círculo de los Siete siguen entregándose juntos al ministerio de la Palabra (Hch 15,1-29; 21,8).

En Antioquía se constituyó el círculo de los Cinco como grupo dirigente (Hch 13,1-3). Pablo subraya en su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso que el Espíritu Santo se preocupa del encargo de los obispos (*epíscopo* = “supervisor”) y protege a las comunidades (Hch 20,28). Las comunidades de Pablo y las otras siguen estando abiertas al desarrollo de los ministerios y de las estructuras.

Jerusalén y los pueblos paganos

Los discursos de Pablo y de Esteban presentan la opinión del evangelista y de su comunidad con respecto a la fase inicial de la Iglesia. Los líderes judíos y el gobernador romano mataron a Jesús con el acuerdo del pueblo. A ellos, el Resucitado les sigue ofreciendo el arrepentimiento por medio de sus apóstoles y testigos. La alianza de Abrahán no está rota. El pacto de Moisés sufre por los malentendidos de los judíos desde su principio, pero, igualmente, sigue estando vigente. Al principio, el consejo de los judíos permite la restauración inicial de Israel en Jerusalén, pero, con la muerte de Esteban, prohíbe la apertura de la alianza de Abrahán a los pueblos. Después, estos pueblos exigen la apertura del pacto también a ellos (Hch 8–28).

Israel sigue esperando la peregrinación de los pueblos al templo sin incluirlos en la alianza de Abrahán. Los discípu-

los de Jesús, en cambio, interceden para la apertura de la alianza a los pueblos sin obligarles al culto del templo y a los mandamientos relacionados con los alimentos. Sin la señal del pacto, la circuncisión, el nuevo pueblo de Dios debía crecer con los judíos y con los paganos para así continuar el Israel de las alianzas de Abrahán y de Moisés. Tras la ejecución de Esteban, Felipe, Pedro, Pablo y Bernabé predicar y practican la libertad de la circuncisión y la entrada de los pueblos paganos en Israel (Hch 8-14). En el mundo greco-romano, se dirigen preferentemente a los vecinos judíos, a los samaritanos y a los temerosos de Dios (“prosélitos”). El viaje de misión de Bernabé y Pablo y los dos viajes siguientes de Pablo tienen mucho éxito en Chipre, en Asia y Grecia (Hch 13–21).

La misión sigue un esquema fijo y típico. Al principio, los misioneros se dirigen a los judíos en las sinagogas y a los prosélitos en los pueblos. Los oyentes judíos se escinden; los prosélitos siguen en su mayoría, pero los enemigos judíos persiguen a Pablo y logran expulsarle. En Roma, este esquema aparece por última vez. Una parte de los judíos cree y la otra rechaza a Pablo, que se aparta de los enemigos judíos y predica el Reino de Dios al pueblo de Roma. La comunidad romana se amplía con judíos y con prosélitos de los pueblos. Se mantiene abierta para los judíos y los pueblos rechazados. La alianza de Abrahán y de Moisés sigue teniendo validez para la religión judía, aunque ésta realiza insuficientemente ese pacto, porque está “endurecida” (Hch 7,51-53; 28,25-27). La perfección de la humanidad se realizará cuando Israel, el pueblo nuevo de Dios, forme una unidad compuesta por judíos y por pueblos paganos todavía no convertidos. Un día, Dios y el Resucitado establecerán esa unidad con las distintas culturas.

Entonces, el nuevo pueblo acogerá una diversidad multifacética de culturas. Los judeo-cristianos deben seguir cumpliendo los mandamientos de Moisés. El templo sigue siendo el lugar santo de Dios y el lugar de oración (Hch 1–6; 21–22). La señal de la alianza, la circuncisión, tiene que ser cumplida (Hch 16,1-5). El voto de nazareo debe ser mantenido como señal de la espiritualidad ascética (Hch 18,18; 21,23-30). Los pueblos son dispensados de cumplir con estos mandamientos, pero tienen que adoptar tres mandamientos judíos para

mantener la comunidad con los judeo-cristianos (Hch 15). Los judeo-cristianos y los pueblos conservan sus lenguajes propios y sus culturas propias (Hch 2; 14). El nuevo pueblo escatológico de Dios concede a cada pueblo su cultura y exige simultáneamente el cumplimiento de mandamientos probados para el establecimiento de la comunicación intercultural.

Los Hechos de los Apóstoles
(las acciones de los apóstoles y testigos)
Hch 1,1-14: Prólogo

- S0
1 Ya traté en mi primer libro, querido Teófilo, de todo
- S1
2 lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio hasta el día en que subió (al cielo), después de haber dado sus instrucciones bajo la acción del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido.
- S2
3 Después de su pasión, Jesús se les presentó con muchas y evidentes pruebas de que estaba vivo, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del Reino de Dios.
- S3
4 Un día, mientras comían juntos, les ordenó:
No salgan de Jerusalén;
esperen la promesa
que les hice de parte del Padre;
5 porque Juan bautizó con agua,
pero ustedes serán bautizados con Espíritu Santo dentro de pocos días.
- 6 Los que lo acompañaban le preguntaron:
¿Señor, vas a restablecer ahora el Reino de Israel?
Él les contestó:
- 7

No les toca a ustedes conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder. Ustedes recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra.

- S4
9 Después de decir esto, lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista.

- S5
 10 Cuando estaban mirando atentamente al cielo
 mientras él se iba, se acercaron dos hombres con
 vestidos blancos
 11 y les dijeron:
 Varones galileos, ¿por qué se han quedado
 mirando al cielo? Este Jesús que de entre ustedes
 ha sido llevado al cielo vendrá de la misma
 manera que lo han visto irse.
- S6
 12 Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte
 llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que
 era permitido caminar en sábado.
 13 Cuando llegaron, subieron al piso superior de la casa
 donde se alojaban;
- S7
 eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y
 Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de
 Alfeo, Simón el Zelote y Judas el hijo de
 Santiago.
- 14 Todos perseveraban unánimes en la oración con
 algunas mujeres, con María, la madre
 de Jesús, y con los hermanos de éste.

Configuración del texto

El prólogo abarca Hch 1,1-14 y empieza con una observación del autor, dirigida a Teófilo, sobre la obra. La parte que precede a la actual está caracterizada como “primer libro” (*protos logos*). Teófilo y el presunto lector pueden deducir fácilmente que la parte siguiente es el “segundo libro”.

Refiriéndose retrospectivamente al primer libro, lo sintetiza en un único acontecimiento de base (secuencia 1: Hch 1,1b-2): lo que Jesús hizo (*poieo*) y enseñó (*didasko*) hasta su ascensión (al cielo), juntamente con la instrucción a los apóstoles, dada con la fuerza del Espíritu Santo, constituye el fundamento de la primera parte y será también el fundamento de la segunda. Los hechos y la enseñanza de Jesús empezaron en el primer libro. Ahora continúan los “hechos realizados”, los que comenzaron en el primer libro (Lc 1,1),

hasta el día de la “última instrucción”, la ascensión de Jesús al cielo y hasta el testimonio de los apóstoles.

La secuencia 2 (Hch 1,3) hace luego la transición al segundo libro con una síntesis, sin mencionar expresamente este cambio. Después de la pasión, Jesús se manifiesta personalmente a sus apóstoles como viviente, se hace visible durante cuarenta días e instruye a los apóstoles sobre el Reino de Dios. Es cierto que el primer libro había terminado narrando la ascensión al cielo (Lc 24,50-53) y las apariciones a los apóstoles (Lc 24,36-49), pero faltaba el dato de los “cuarenta días” y el tema del “Reino de Dios”.

Las secuencias siguientes 3-5 (Hch 1,4-8.9.10-11) ofrecen ocasión para agregar una conversación que sintetiza lo que significa el Reino de Dios y para afirmar de una vez por todas que el Resucitado está en el cielo. El Reino de Dios permanece, gracias al Espíritu de Dios, entre los discípulos y, gracias a la acción de éstos, se extiende por el mundo entero (Hch 8,12; 14,22; 19,8; 20,15; 28,23.31). Dios y el Resucitado intervienen indirectamente por el Espíritu Santo y por otras acciones. Al finalizar la conversación de la secuencia 3, se da el programa de todo el segundo libro: los apóstoles serán, con la fuerza del Espíritu Santo, testigos en Jerusalén, Judea, Samaría, hasta los confines de la tierra (Hch 1,8). En el segundo libro se da una división geográfico-teológica: el Evangelio sale, bajo la guía del Espíritu Santo, de Jerusalén (Hch 1,12-8) hacia Judea (8,1b-2; 9,31-11,18), Samaría (8,1b-40) y el mundo entero hasta Roma (11,19-28,31).

La expansión desde Jerusalén hasta Judea y Samaría la sintetiza el autor en los capítulos 1-11 haciendo sólo mención de algunos hechos y dejando en pie algunas imprecisiones. Por eso se contenta con el dato general “hasta los confines de la tierra”, con Pablo como actor principal, para mostrar el cumplimiento de la segunda parte, bastante compleja en sí. El eje Jerusalén-Judea-Samaría-confines de la tierra traslada a la división geográfica un problema teológico. Jerusalén, Judea y Samaría son, en importancia descendente, portadores de la Alianza de Yahvé con Israel. Luego comienza el territorio de los paganos, del cual forman parte los confines de la tierra; la ciudad de Roma es su centro. A ellos se dirige especialmente el testimonio de los apóstoles, pero Jerusalén, Judea y Samaría tienen el privilegio de recibirlo antes.

La secuencia 4 (Hch 9), punto central del prólogo, narra de nuevo la ascensión al cielo con más detalles que el final del primer libro. Allí se indicaba con las palabra “fue elevado” (Lc 24,51) una determinada dirección, “al cielo”, pero el relato es en conjunto impreciso. ¿Se piensa que Jesús voló a las estrellas, como lo hicieron Escipión en sueños (*Cic.Rep.* 6, 9-26) y César después de la cremación (*Suet.Caes.* 88)? Hch 1,9 no se vale de la apoteosis romana, sino de la teofanía del Antiguo Testamento, para ilustrar la ascensión de Jesús, que fue elevado al cielo ante la vista de los apóstoles y fue ocultado por una nube.

La secuencia 5 (Hch 1,10s) trae algo completamente nuevo en relación al primer libro. Aparecen dos ángeles e interpretan el hecho de la ascensión. La angelofanía, como la teofanía, géneros literarios propios del AT, conservan la actualidad después de la ascensión para el tiempo de los apóstoles y de la Iglesia. La instrucción de los ángeles corresponde a las enseñanzas del Resucitado (secuencia 3). Los ángeles se dirigen a los apóstoles como a “varones galileos”: es una doble fórmula que se usa al principio de casi todos los discursos de los Hechos. “Varones” no se refiere sólo al sexo masculino, y “galileos” expresa el país de origen. Aunque sean extraños en Jerusalén, los apóstoles son poseedores de la revelación, y esto justifica allí su acción.

La secuencia 6 (Hch 1,12-13a) completa a su vez algo que en el primer libro se narraba de forma demasiado sucinta, el regreso a Jerusalén (Lc 24,52). Los apóstoles regresan a Jerusalén, entran en una casa y suben a la habitación superior, el recinto más grande de la estancia. La visita al templo, de la cual habla el primer libro al final (Lc 24,53), se hace mucho más tarde (Hch 3,1).

La secuencia 7 (Hch 1,13b-14) describe la oración de los reunidos. Según el primer libro, la oración se hace en el templo (Lc 1,9; 24,53); en el segundo libro, en cambio, se explica que la oración en la casa precede al servicio religioso en el templo y tiene mayor importancia que éste.

El prólogo presenta el segundo libro como continuación inmediata del primero. La parte final de éste, con su relato de lo sucedido entre la resurrección y la ascensión al cielo, se convierte en el comienzo del segundo libro. Pero se profundi-

za aquí en el epílogo del primer libro y, agregando temas nuevos, se le convierte en prólogo de la segunda parte. Los hechos, las enseñanzas y la comunicación del Espíritu por parte de Jesús se continúan en la acción de los apóstoles. Los temas propiamente nuevos se enuncian claramente en la parte central (secuencias 3-5): esperar en Jerusalén, salir de allí, bautismo en el Espíritu Santo, testimonio del Reino de Dios, que para Israel y para el mundo entero es un restablecimiento de su forma inicial, y, por último, entrada del Resucitado en la nube de Dios. El encuentro con el Resucitado durante cuarenta días (secuencia 2) introduce en el tema de la misión y la ascensión, y el regreso a la habitación superior (secuencia 6) es su epílogo. La oración común (secuencia 7) prepara para llevar a la práctica las instrucciones recibidas en el primer libro (secuencia 1) y para difundir las experiencias y los temas enunciados en el prólogo.

Explicación del texto

Vv. 1-2. *Logos* tiene el significado técnico de “libro” (Hdt. 5,36; Aland/Bauer 1988, 970). El nombre propio «Jesús» da a la persona que domina el primer libro una individualidad histórica. Todos los hechos de Jesús cumplen la promesa de la Escritura, especialmente su enseñanza. Jesús, como maestro, es admirado y atacado simultáneamente por el pueblo judío. En el v. 2, con “elevación al cielo” y “Espíritu Santo”, entra en juego la esfera divina. El Espíritu Santo fue la fuerza motora de la acción de Jesús en el primer libro y hará posible el testimonio de los apóstoles en el segundo (Hch 1,8). Dios actúa indirectamente por su Espíritu. Por su Espíritu influye en la fe, en los sentimientos y en la psique de los hombres (véase Hch 2). Los “apóstoles” son, como Jesús, figuras históricas. Su círculo está abierto para otros testigos anteriores al tiempo pascual (Hch 1,14.15). Ellos fueron elegidos por Jesús como “discípulos” (Hch 6,1) y continúan su obra.

V. 3. Los cuarenta días durante los cuales sucedieron la resurrección y las apariciones se corresponden con el lapso de tiempo simbólico de las tentaciones (Lc 4,1) y recuerdan los cuarenta años de permanencia de Israel en el desierto. Los

cuarenta días ponen en relación el paso de la pasión al Reino de Dios. El Reino de Dios y el misterio de la pasión fueron los temas dominantes en el primer libro (Lc 4,43 y otros; 9,18-22). El silencio sobre la pasión se hizo superfluo con el hecho de la resurrección. El anuncio del que fue crucificado y vive continúa por la eficacia del Espíritu Santo. El anuncio del Reino de Dios iniciado en Jesús abarca todo el segundo libro (Hch 1,3.6; 28,23.31), y en el curso de él se acentúa en cuatro pasajes su eficacia para ganar nuevos adeptos (Hch 8,12), para fortalecer a los recién convertidos (Hch 14,22; 20,25) y para mover a una decisión de fe (Hch 19,8).

V. 4. Se celebra la última reunión. El Resucitado reitera la promesa del Espíritu y ordena que los discípulos permanezcan en Jerusalén (Lc 24,49).

V. 5. El bautismo de Juan (Lc 3,1-22) se continúa en el bautismo en el Espíritu que reciben los apóstoles. Para los apóstoles, Jerusalén sigue siendo el centro hasta que reciben el Espíritu Santo. El restablecimiento de Israel tiene que partir de la ciudad Jerusalén.

V. 6. La pregunta relativa al restablecimiento (*apokathistano*) del Reino de Israel al final de los tiempos no determina con precisión el sentido que se quiere dar aquí al Reino de Dios. Al final de los tiempos, el Reino de Israel puede ser restablecido por el Mesías y conducir al Reino de Dios escatológico para todo el mundo (Sal 17). En cambio, pensar en el restablecimiento del Reino sólo para Israel corresponde a las esperanzas de los miembros de la resistencia que fueron vencidos en la rebelión judía contra Roma (66-70). Ellos esperaban con impaciencia, como los apocalípticos, la llegada de Dios en el presente (“en estos tiempos”). En cambio, los discípulos aprendieron en el primer libro que el Reino de Dios empezó en la persona de Jesús y en sus hechos para Israel y los demás pueblos; pero la pasión de Jesús ocultó las experiencias positivas del principio (Lc 24,1-49). Por eso, los apóstoles preguntan superficialmente por la fecha en el presente (“en estos tiempos”), pero dudan enigmáticamente de la continuación del Reino de Dios para ellos mismos (y para Israel). El reconocimiento como “Señor” (*Kyrios*) dado a Jesús utiliza por primera vez un título de nobleza muy usado. Se aplica por respeto a personas de dignidad, para dirigirse al

Jesús terreno en cuanto que se le reconoce toda potestad o para dirigirse al Dios único. El título se refiere aquí al Resucitado poderoso. ¿El Jesús enaltecido se retirará de ellos?

Vv. 7-8. Jesús, que reina después de su resurrección junto con Dios (v. 24), limita los conocimientos escatológicos de los apóstoles. Él señala al poder (*exousia*) del Padre, que instaurará un nuevo mundo como restablecimiento completo del orden de la creación. Dios no comunica “tiempos fijados”, esos que los apocalípticos creen, equivocadamente, conocer. No hay “plazos” iguales para todos, sino sólo el “plazo” de la vida individual. El apocalipsis judío es “desapocalíptico”. Jesús como hijo enaltecido aparecerá en el tiempo de la creación completada en medio de los apóstoles y los discípulos (v. 11). Hasta que aparezca, reina invisiblemente por medio del Espíritu Santo. Se muestra en visiones (Hch 9,1-9 y más) y actúa de manera indirecta por sus ángeles (cf. Hch 5,19-20).

El término “testigo” (*mártys*) tiene, junto con las palabras “instrumento” (*skeúos*: Hch 9,15 y más), “creyentes” (Hch 2,44), “apóstol”, “discípulo” (Hch 6,1 y más) y “prosélitos/temerosos de Dios” (Hch 13,43 y más), el mismo significado. Cada discípulo será testigo e instrumento de Jesús por el Espíritu Santo, que es mencionado por tercera vez. El Reino de Dios continúa a través de los testigos.

Vv. 9-11. “La nube” es parte de la teofanía (Ex 33,9-10; 40,38) que, junto con la voz del cielo, hizo al principio y en la mitad del primer libro dos revelaciones trascendentales (la proclamación de Jesús como Hijo después del bautismo: Lc 3,12s; la transfiguración de Jesús: Lc 9,28-36). Aquí, la voz de los ángeles sustituye a la voz del cielo y aporta en el comienzo del segundo libro una revelación igualmente trascendental como punto culminante de una elevación en tres etapas: Jesús fue resucitado, constituido Señor de los cielos y elevado definitivamente al cielo a la vista de los apóstoles. Así como la voz del cielo en la transfiguración da a los apóstoles una interpretación, así prometen aquí los ángeles a los apóstoles galileos y a los cristianos del futuro que cuando sea restablecido el mundo volverán a ver a Jesús, entronizado ahora en el cielo, actuando con ellos y enseñándoles. La entronización definitiva de Jesús tendrá lugar sólo cuando sea restablecida la creación. La venida solemne del Señor Jesús signi-

fica la realización definitiva del Reino tal como la literatura sapiencial concibe el orden de la creación en el mundo nuevo, constituyendo el orden sapiencial de la creación en el mundo nuevo para el Israel universal.

Vv. 12-13. El monte de los Olivos es el lugar preferido de Jesús cuando va a Jerusalén (Lc 21,37). Su cercanía a Jerusalén se especifica usando una expresión tomada del culto: “el camino que es permitido recorrer en sábado”. Al monte de los Olivos se puede ir incluso en sábado, dado que este lugar forma parte del “sector sabático” (bEr 61b; Billerbeck II 590-594). La casa es en todo el libro de los Hechos el lugar donde la comunidad se reúne con preferencia. La sala del segundo piso es generalmente el recinto más grande de la casa (Lc 22,12).

V. 14. Se citan los nombres de los apóstoles (Lc 6,14-16) –de los cuales se excluye a Judas Iscariote–, a las mujeres que fueron al sepulcro vacío y a los familiares de Jesús (Lc 8,19-21), pero sin indicar sus nombres (Lc 14,10), con excepción de María, la madre de Jesús, la única mujer mencionada por su nombre. Después de la ascensión al cielo, los once apóstoles, las mujeres que siguieron a Jesús y sus familiares permanecen reunidos. Las discípulas, María y los hermanos de Jesús son los primeros testigos añadidos al círculo de los doce apóstoles.

Impulsos para la acción

El comentario del autor (Hch 1,1a) dirige la mirada a la comunicación literaria y teológica de la obra al lector. Teófilo es la figura de identificación del lector. Igual que Teófilo, el lector tiene que haber leído el primer libro y así podrá comprender el segundo.

Para citar el primer libro se usa una expresión frecuente en la formulación de títulos: “Hechos y enseñanzas de Jesús”. Puede tratarse de “Hechos y enseñanzas memorables” (*facta et dicta memorabilia*), sin una limitación a una sola persona. Así, Valerio Máximo, en el siglo I, da este título a una colección de hechos y palabras de personas famosas de toda la antigüedad. Puede tratarse también de “Vida y doctrinas (*bioi*

kai doxai) de filósofos famosos”. Éste fue el título que Diógenes Laercio, en el siglo II, dio a un manual biográfico que escribió sobre los antiguos filósofos conocidos. Dedicó cada libro a un filósofo fundador de una escuela y a sus discípulos, hasta reunir en total diez escuelas. Diógenes Laercio era poco conocido en la antigüedad, pero su manera de escribir es muy parecida a la de las dos obras de Lucas. El libro sobre el fundador de la escuela constituye la primera parte; el libro sobre los discípulos, la segunda. Pero mientras Diógenes Laercio separa claramente unas vidas de los discípulos de otras, en los Hechos se mezclan constantemente unas con otras.

También hay semejanzas entre las obras de Lucas y los dos libros *Historias romanas* de Velleius Paterculus. El primer libro narra la historia de los romanos hasta la guerra civil, y el segundo va desde la guerra civil hasta el reinado de Tiberio. César como figura de base, Augusto como el que lleva la obra a término, y Tiberio como el que vela por la conservación de la estructura del Estado se asemejan a la sucesión de Jesús de Nazaret, Pedro y Pablo. Sin embargo, César no llega a adquirir el rango único de Jesús de Nazaret, y Pedro y Pablo permanecen como discípulos inferiores a Jesús. Con todo, se pueden descubrir muchos paralelos entre Jesús y César.

El título “Hechos de los Apóstoles” (*Praxeis apostólon*), que se dio al segundo libro en el siglo II, era de uso corriente al escribir biografías (*Polyb.* 1, 1,1; 9, 5,b) y expresa muy bien la parte central de lo que se enuncia como básico en el segundo libro (Hch 1,3-8). Los “Hechos de los Apóstoles” son continuación del tema central del primer libro, “lo que Jesús hizo y enseñó” (Hch 1,1-2). Falta el suplemento “enseñanza” o “vida”. Pero no se trata de narrar su vida o de reproducir su enseñanza. La enseñanza está implícita en los hechos, y la vida tiene un papel accidental. A diferencia del primer libro, el segundo no se ocupa de la genealogía ni de la muerte ni de la glorificación de los personajes que figuran como actores principales. Ellos son sólo testigos e instrumentos de Jesús. Su comunidad es la nueva familia (Lc 8,19-21), y su pasión y su ascensión al cielo son modelo y garantía de la vida futura de los seguidores. La traducción española de *Praxeis* por “Hechos” es muy exacta.

La antigua traducción “Historia de los apóstoles”, usada en alemán, no expresa el plural “Hechos de los Apóstoles”, pero conserva con razón la expresión paralela al singular alemán “Historia romana” de Velleius. Historia de los Apóstoles es un título que puede seguir en uso. Para mayor claridad y para aludir a la misión encomendada a los apóstoles en Hch 1,8, debería agregarse la palabra “testigos”: “Hechos de los Apóstoles y Testigos” o “Acciones de los Apóstoles y Testigos”. Las dos obras que llevan el título de *Praxeis*, es decir, la *Novela de Alejandro* y el *Aníbal de Sosilos*, son formas novelescas de escribir biografías, provienen de los siglos II-III y podrían considerarse, por tanto, sólo como paralelos débiles de los Hechos de los Apóstoles.

El prólogo se propone que los lectores vean en esta obra una historia biográfica crítica y verdadera que, sirviéndose al mismo tiempo de elementos patéticos, quiere despertar el interés del lector, ilustrarlo y edificarlo (Plümacher 1999). Los objetivos de la historia verdadera del prólogo del primer libro (Lc 1,1-4) continúan en el segundo.

En la narración del prólogo, los apóstoles son figuras de identificación. Los apóstoles reciben un carácter especial por su comunidad limitada con el Resucitado. Su pregunta por el restablecimiento del Reino refleja las expectativas políticas de la comunidad. El Resucitado debe destituir ahora al violento gobierno romano (Lc 22,24-30) y establecer el Estado del Israel ideal. Jesús, en cambio, reitera su enseñanza. El Reino de Dios empezó ocultamente en su pasión y se realizará en un futuro indeterminado. Durante el tiempo de la expectativa escatológica, la comunidad debe ser, mediante el apoyo del Espíritu Santo, testigo e instrumento de su Señor enaltecido. Siempre que la comunidad se reúne en un lugar para rezar en común, logrará su misión.

El primer libro termina con la narración de la ascensión en un estilo paralelo al AT y a las biografías romanas. El profeta Elías fue llevado al cielo en un remolino de viento ante la vista de su discípulo Eliseo (2 Rey 2,1-14). Rómulo “desapareció inesperadamente” y se “apareció” a un testigo fiable, al que entregó su último encargo para el pueblo romano (*Plut. Rom.* 27-28). De forma semejante se apareció el Resucitado a sus discípulos y les entregó su encargo para Jerusalén y para los

pueblos paganos; se alejó de ellos dándoles su bendición y fue llevado al cielo (Lc 24,50-53). El proceso de la ascensión no está descrito, y también falta en la narración sobre Rómulo. El Resucitado se aleja y desaparece al ser elevado al cielo.

En el prólogo del segundo libro (Hch 1,1-14), el evangelista narra otra vez el acontecimiento de la ascensión, pero de modo “comediante”, caricaturizando e imitando el ritual de las ascensiones de los emperadores (Hch 1,9-11), tal como las describe por ejemplo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) en la *Apocolocintosis* (= “devenir calabaza”).

La *Apocolocintosis* empieza con el prólogo del autor:

“1.1. Quiero relatar para el recuerdo lo que ocurrió en el cielo el día tercero antes de los idus de octubre de un nuevo año, comienzo de un tiempo maravilloso. No me influyen ni el odio ni el favor. Todo sucedió realmente como lo cuento.

Si alguien me pregunta por la fuente de mis conocimientos, si no me viene bien, no le contestaré. ¿Quién me va a obligar? Estoy seguro de que he sido un hombre libre desde el día en que abandonó este mundo el que hizo cierto este proverbio: ‘Lo mejor es nacer o rey o tonto’.

2. Si quiero contestarle, le diré lo primero que me venga a la boca. ¿Quién ha exigido nunca al historiador testigos con juramentos? Pero si es inevitable citar a algún testigo, entonces que se dirija a quien vio a Drusila ascender al cielo, que afirmará que también había visto a Claudio hacer ese viaje ‘con pasos cojos’.

Quiera o no, él tiene que notar todo lo que ocurre en el cielo: está encargado de la Vía Apia, por la que, como se sabe, también el feliz Augusto y el emperador Tiberio se fueron junto a los dioses.

3. Si le preguntas, solamente a ti te hablará; si están presentes otros, no dirá ni palabra. Desde que hizo juramento en el Senado de que había visto a Drusila ascender al cielo y nadie le creyó esta *buena noticia*, juró solemnemente que ya nunca revelaría nada, incluso aunque viera matar a un hombre en el foro” (*Sen.Apoc.* 1, 1-3).

El prólogo adapta el estilo esquemático de una obra historia, una historiografía. Claudio escribió historiografías des-

de su juventud (*Suet.Claud.* 41-42). Séneca, en cambio, evitó la historiografía.

Falta la *prescripto* (información sobre el autor, el destinatario y la dedicatoria). La obra es anónima, igual que las dos obras de Lucas, y empieza directamente con el *exordio*, la descripción del contenido. La proposición está presentada en un estilo conciso. “*Quid actum sit*” señala los acontecimientos, que constan en actas. El lugar y el tiempo están fijados: “cielo” y “día tercero antes de los idus de octubre”. Las expectativas están formuladas: comienzo de un tiempo maravilloso, lo que exagera el evangelio del tiempo de Augusto (1,3). La afirmación de la historiografía crítica a partir de Tucídides –el objetivo de mantener el recuerdo por la tradición, de relatar sin odio y favor, solamente verdades– está añadida irónicamente. Los prólogos de Lc 1,1-4; Hch 1,1-14 y otros prólogos de un tiempo más tardío son equivalentes.

La argumentación en 1,1–1,2 juega irónicamente con la prueba de la credibilidad de las fuentes. El que pregunta no recibe respuesta, porque existe la libertad de expresión. Su limitación bajo los procesos del emperador Claudio es el tema principal de la comedia. El proverbio agrava el tema y señala a la siguiente redacción satírica. La aristocracia por origen debía probarse con la sabiduría; en caso de imbecilidad de nacimiento, se pierde el derecho al principado y a la apoteosis. Al final se presenta el “testigo que hizo juramento”, que no necesitan los historiadores, pero sí lo necesitan las narraciones milagrosas. La *Apocolocintosis* es otra forma de historia basada en mentiras, porque incluye la ascensión milagrosa al cielo. Por eso está elaborada como una comedia satírica.

El Jesús resucitado, en cambio, ofrece promesas que se precisan en Lc 24,44-49. Él no llevó al oyente al cielo. El anuncio del arrepentimiento para Jerusalén y los pueblos paganos con la ayuda del don del cielo (Lc 24,47s) incluye una sucesión terreno-geográfica (Hch 1,8). Los apóstoles ven que el Resucitado es arrebatado, que una nube lo oculta y lo aleja de su vista (Hch 1,9). Como la nube es símbolo de la teofanía de Dios en la transfiguración del Jesús terreno (Lc 9,34s), los apóstoles habrían bajado del monte de los Olivos como en Lc 24,51s. En cambio, se quedan mirando al cielo sin parar, como si apareciera una señal como en la apoteosis de los em-

peradores romanos: un águila (*Dio.Cass.* 56, 42, 3) o un cometa (*Plut.Caes.* 69). De hecho, aparecen dos figuras celestiales con vestiduras blancas. No acompañan al Resucitado al cielo, sino que hacen reproches a los apóstoles. ¿Qué señal celestial esperan? ¿Quieren subir al cielo para buscar al Resucitado y escenificar una marcha triunfal? El Resucitado es llevado al cielo, se aleja de ellos, pero conserva su identidad; actúa con ellos a veces invisiblemente y a veces visiblemente, y regresará al final del mundo para establecer la creación en su perfección (Hch 1,11.6s).

¿Conocía el evangelista la *Apocolocintosis*? Posiblemente supiera de ella, y seguramente conocía otras obras críticas sobre los emperadores romanos. La declaración de Nerón como enemigo público por el Senado (*Suet.Ner.* 49) debía de haber dado paso a fantasías sobre su descenso al Hades, en vez de sobre la apoteosis. Claudio anuló todos los decretos de Calígula (*Suet.Claud.* 11). Y no solamente Séneca, pues también Plutarco conoció el descenso al Hades de los emperadores y el castigo permanente de Nerón en el Hades (*Plut.De sera numinis vindicta* 30, 567d-f).

Es de suponer que la comunidad lucana esperaba pruebas de la ascensión del Resucitado. La narración comediantes explica que no hay ni nunca habrá pruebas. Solamente la enseñanza y los hechos del Jesús terreno “en el primer libro” (Hch 1,1) y la eficacia del Espíritu Santo en el segundo forman el fundamento de la fe en la resurrección y en la ascensión solemne de Jesucristo hasta su venida gloriosa.